

Diócesis de Salt Lake City

Reflexiones sobre la Misa



EUCCHARISTIC REVIVAL
DIOCESE OF SALT LAKE CITY

Para la Etapa Diocesana de

El Avivamiento Eucarístico Nacional

Preparado por:

La Oficina de Culto y el Comité Diocesano de el Avivamiento Eucarístico
Diócesis de Salt Lake City, 2022

DIOCESE OF SALT LAKE CITY
27 C STREET
SALT LAKE CITY, UTAH 84103-2397



TELEPHONE (801) 328-8641
FAX (801) 328-0324

OFFICE OF THE BISHOP

10 de agosto de 2022

Mis queridos hermanos en Cristo,

La misión del Avivamiento Eucarístico Nacional es renovar la Iglesia encendiendo una relación viva con el Señor Jesucristo en la Santa Eucaristía. El avivamiento es un movimiento de católicos a lo largo de los Estados Unidos - sanados, convertidos, formados y unificados por un encuentro con Jesús en la Eucaristía - y enviados en misión "para la vida del mundo".

El Renacimiento es un llamamiento de base y un reto para todos los católicos de los Estados Unidos para reavivar el fuego del amor y la devoción por el Corazón Eucarístico de Jesús. Este movimiento eucarístico pretende reunir al clero, los religiosos, los laicos, los apostolados, los movimientos y los líderes parroquiales y diocesanos para dar un impulso, una colaboración y un impacto duradero para la renovación de la Iglesia católica en los Estados Unidos durante los próximos tres años. Cada año tendrá un enfoque estratégico para la formación y el discipulado misionero.

Para la Primera Fase (2022), la etapa diocesana, me complace presentar una publicación revisada de las charlas de 4 minutos sobre la Misa para reflejar la importancia de la Eucaristía y lo que significa ser un pueblo eucarístico. Las reflexiones están diseñadas para ser leídas en voz alta en la Misa por un sacerdote, diácono o ministro experimentado después de la Oración después de la Comunión. Cada Reflexión, en forma escrita, estará disponible en la página web de la Diócesis y en el Intermountain Catholic, además de ser presentada en las parroquias. Por favor, vea la página 3 de este documento, para un calendario sugerido. Les pido que después de cada reflexión, se extienda una invitación a todos para participar en el Rally Eucarístico Diocesano, programado para el 9 de julio de 2023, en el Mountain America Expo Center en Sandy.

Agradecemos al Padre Christopher Gray, nuestro coordinador para el Avivamiento Eucarístico Nacional, y a la Sra. Ruth Dillon, de la Oficina de Culto, por hacer posible estas reflexiones y, a medida que avanzamos juntos, en este esfuerzo conjunto, espero compartir recursos adicionales de la Diócesis.

Sinceramente suyo en el Señor,

A handwritten signature in black ink, appearing to read "Oscar A. Solis".

Most Reverend Oscar A. Solis, D.D.
Bishop of Salt Lake City

CALENDARIO SUGERIDO PARA LAS REFLEXIONES DE CUATRO MINUTOS SOBRE LA MISA

SEPTIEMBRE 2022

10 / 11 Reflexión 1 - INTRODUCCIÓN (24º DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO)

24 / 25 Reflexión 2 - PREPARACIÓN PARA LA MISA (26º DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO)

OCTUBRE 2022

8 / 9 Reflexión 3 - Los Ritos Introdutorios, Parte I (28º Domingo del Tiempo Ordinario)

22 / 23 Reflexión 4 - Los Ritos Introdutorios, Parte II (30º Domingo del Tiempo Ordinario)

NOVIEMBRE 2022

5 / 6 Reflexión 5 - La Liturgia de la Palabra, Parte I (32º domingo del TO)

12 / 13 Reflexión 6 - La Liturgia de la Palabra, Parte II (33º Domingo del TO)

DICIEMBRE - ADVIENTO/NAVIDAD

ENERO 2023

21 / 22 Reflexión 7 - La Liturgia de la Eucaristía, Parte I (2º domingo del TO)

28 / 29 Reflexión 8 - La Liturgia de la Eucaristía, Parte II (4º domingo del TO)

FEBRERO 2023

4 / 5 Reflexión 9 - La Plegaria Eucarística, Parte I (6º domingo del tiempo ordinario)

11 / 12 Reflexión 10 - La Plegaria Eucarística, Parte II (7º Domingo del Tiempo Ordinario)

18 / 19 Reflexión 11 - La Plegaria Eucarística, Parte III (I Domingo del Tiempo Ordinario)

MARZO - TEMPORADA DE CUARESMA

Abril 2023

22 / 23 Reflexión 12 - El Rito de la Comunión, Parte I (Tercer Domingo de Pascua)

29 / 30 Reflexión 13 - El Rito de la Comunión, Parte II (Cuarto Domingo de Pascua)

MAYO 2023 - PRIMERAS COMUNIONES, CONFIRMACIONES, GRADUACIONES, ASCENSIÓN, PENTECOSTÉS

JUNIO 2023

3 / 4 Reflexión 14 - El Rito de la Comunión, Parte III (Santísima Trinidad)

10 / 11 Reflexión 15 - Los Ritos de Clausura (Corpus Christi)

INDICE

Reflexión 1 – Introducción	5
Reflexión 2 – Preparación para la Misa	7
Reflexión 3 – Introducción a los Ritos, Parte I	9
Reflexión 4 – Introducción a los Ritos, Parte II	11
Reflexión 5 – La Liturgia de la Palabra, Parte I	13
Reflexión 6 – La Liturgia de la palabra, Parte II	15
Reflexión 7 – La Liturgia de la Eucaristía, Parte I	17
Reflexión 8 – La Liturgia de la Eucaristía, Parte II	19
Reflexión 9 – Plegaria Eucarística, Parte I	21
Reflexión 10 – Plegaria Eucarística, Parte II	23
Reflexión 11 – Plegaria Eucarística, Parte III	25
Reflexión 12 – El Rito de la Comunión, Parte I	27
Reflexión 13 – El Rito de la Comunión, Parte II	29
Reflexión 14 – El Rito de la Comunión, Parte III	31
Reflexión 15 – Ritos Finales	33

REFLEXIÓN 1 – INTRODUCCIÓN

La Eucaristía es la fuente y la cumbre de la vida cristiana. La razón por la que nos reunimos cada domingo no es sólo por la comunidad o por las lecciones espirituales que podemos aprender en las homilías. Esas cosas son buenas y necesarias, pero la razón por la que nos reunimos en primer lugar es la Eucaristía. La Misa se construye en torno al momento en que todos participamos en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Es posible que sea la primera vez que escuche esto, o tal vez ha escuchado este sentimiento con tanta frecuencia que ya no significa mucho para usted. Pero debemos darnos cuenta de que en el corazón de la Iglesia Católica está la Eucaristía, porque nos une a Dios al permitirnos participar juntos en su sacrificio a través de la Misa.

Sólo podemos comprender verdaderamente el don de la Eucaristía si podemos entender por qué nos reunimos para la Misa. Mientras celebramos el Avivamiento Eucarístico en los Estados Unidos, la Diócesis de Salt Lake City presentará una serie de breves reflexiones sobre la Misa. Estas reflexiones de 4 minutos pretenden ser una mini "clase sobre la Misa".

Recorreremos toda la Misa a lo largo de esta serie de reflexiones, y empezaremos a notar que cada detalle de la Misa, incluso aquellos con los que no estamos familiarizados, apuntan y encuentran su pleno significado en la Eucaristía. Si alguna vez te has preguntado: "¿Por qué hacemos esto durante la Misa? ¿Cuál es el propósito de tener esto durante la Misa? ¿Por qué no podemos hacer esto durante la Misa?", entonces esperamos que estas reflexiones respondan a todas esas preguntas, explicando al mismo tiempo que cada parte nos lleva finalmente a comprender y apreciar la Eucaristía. Descubriremos una armonía entre los componentes de la Misa y la presencia de Cristo a lo largo de la historia de nuestra fe.

San Agustín se dirigió una vez a Dios llamándolo "Belleza siempre antigua, siempre nueva". Esta descripción es igualmente apropiada al describir la Misa. La Misa en sí no es nueva; Cristo mismo instituyó la Misa en la Última Cena y nos la transmitió, pero podemos experimentar sus palabras y acciones en la Última Cena ahora en el momento presente. Dado que la Misa viene a nosotros directamente de Cristo, cada parte de ella indica cómo podemos encontrarlo, amarlo, conocerlo y compartirlo con el mundo.

La Eucaristía es la Presencia Real de Jesucristo entre nosotros y dentro de nosotros; todo en la Misa gira en torno a ella, y Cristo nos revela gradualmente su presencia con mayor claridad y profundidad a lo largo de la Misa hasta el momento de la consagración. Nosotros, a su vez, nos convertimos en Cristo para los demás cuando lo recibimos en nuestro corazón y somos llamados a "salir".

A través de estas reflexiones, aprenderá cosas nuevas sobre la Misa. Descubrirá que la Misa nos permite revivir toda la Historia de la Salvación, desde los rituales de sacrificio del Antiguo Testamento hasta las Bodas del Cordero en el libro del Apocalipsis.

Si es usted nuevo en la Misa, habrá notado que utilizamos los cinco sentidos básicos (vista, sonido, tacto, gusto y olfato) durante la liturgia, lo que nos ayuda a unir nuestras almas a Dios a través de nuestros cuerpos. Esto se debe a que la Misa se vive activamente. A través de nuestros cuerpos y en la Misa, adoramos a Dios, expresamos nuestro remordimiento por nuestros pecados, le damos las gracias por todo lo que ha hecho y le pedimos que se nos revele. Finalmente, el tiempo que pasamos juntos nos lleva al momento en que Él se revela plenamente en la Eucaristía. Pero el proceso, como aprenderemos a través de estas reflexiones, es gradual y constante a lo largo de la Misa.

REFLEXIÓN 2 – PREPARACIÓN PARA LA MISA

Esta es una pregunta para que reflexionemos: ¿es divertida la Misa? Si no lo es, ¿debería serlo? Hay muchas cosas que hacemos en la vida y a las que dedicamos nuestro tiempo no porque sean divertidas, sino porque tienen sentido. Establecer y mantener relaciones con otras personas no siempre es divertido, pero satisface nuestra necesidad de comunidad. Trabajar en nuestra salud no siempre es divertido, pero nos permite sentirnos mejor a largo plazo y estar cerca de los que queremos. Ir al trabajo o a la escuela no siempre es divertido, pero nos permite trabajar por algo más grande en nuestras vidas. De hecho, cuando se trata de las cosas que importan en la vida, si es divertido o no es una de las cosas menos importantes que consideramos antes de elegir hacerlas. Hacemos estas cosas por dos razones: es lo correcto y es bueno para nosotros. Nos hayamos dado cuenta o no, no hay nada que importe más en la vida que la Misa. Todas las demás cosas que nos importan -nuestras relaciones, nuestra salud, nuestro trabajo- sólo son posibles y sólo importan por lo que ocurre durante la Misa.

Si se considera católico, pero no considera la Misa como el aspecto más significativo de la vida, no se preocupe - probablemente no sea su culpa. De hecho, es probable que muy pocos de nosotros entendamos exactamente lo que es la Misa, por lo que hay que explicarlo. Con estas breves reflexiones pretendemos recorrer la Misa y entender por qué hacemos lo que hacemos.

La razón por la que la Misa es la parte más importante de nuestras vidas es porque es donde podemos tener un encuentro personal y físico con Jesucristo mismo en la Eucaristía. Piensa en sus relaciones con sus seres queridos: ¿qué éxito van a tener esas relaciones si son unidireccionales? ¿Cómo podemos esperar fomentar las relaciones con los demás si damos y no recibimos, o recibimos y no damos?

La Misa puede considerarse como el tiempo que pasamos con Dios en nuestra relación con Él. Llamar a alguien o enviarle un mensaje de texto o pensar en ellos es estupendo, pero no podemos esperar que esto nos lleve a un crecimiento significativo en nuestra relación con ellos. Necesitamos pasar tiempo en su presencia para hacerlo. Podemos rezar a Dios y pensar en Él a menudo, pero si no pasamos tiempo personal con Él en la Eucaristía y en la Misa, nuestra relación se estancará. Lo triste es que Dios nos ofrece su tiempo y su presencia, pero a veces no lo aceptamos o no lo apreciamos.

Como en todas nuestras relaciones, obtendrá de la Misa lo que ponga. Si se acerca a la Misa con temor porque no es técnicamente “divertida”, se resentirá de estar en presencia de Dios. En cambio, trate de acercarse a la Misa de una manera diferente: no viene a divertirse, sino a encontrar un significado. Dado que cada vez que viene a la Misa está

llevando a cabo un momento importante en tu relación con Dios, requiere cierta preparación.

La preparación para la Misa no comienza cuando entramos en la iglesia; se prolonga desde la última vez que asistimos, cuando se nos instruye para “Salir”, “Ir en paz” y “Glorificar al Señor con tu vida”. Como expresión de nuestra relación con Dios, la Misa es algo activo que debe reflejarse fuera de los muros de una iglesia. Toda la preparación que hacemos antes de la Misa, desde el ayuno de una hora antes hasta la genuflexión, la bendición con agua bendita y la oración de rodillas, se hace por la Eucaristía.

Si la Misa fuera simplemente una reunión comunitaria, no habría necesidad de esas cosas. Así que, mientras seguimos aprendiendo por qué hacemos lo que hacemos en la Misa, recuerden: nuestro comportamiento en la Misa es cómo nos comportamos frente a Dios. Y no hay nada más significativo en nuestra vida que estar en su presencia.

Reflexión 3 – INTRODUCCIÓN A LOS RITOS, PARTE I

En la persona de Jesucristo, Dios se rebajó haciéndose humano y entregándose a nosotros en la Eucaristía. En nuestra última reflexión, hablamos de cómo nos preparamos para el sacrificio de la Misa. Una vez que entramos en la Iglesia, nuestra preparación se hace mucho más visible: una de las primeras acciones que realizamos es la genuflexión hacia el tabernáculo, donde se guarda el Cuerpo de Cristo. La genuflexión es el acto de doblar la rodilla: al realizar esta acción, nos rebajamos como signo de humildad ante Dios, que está realmente presente. Pero también nos recuerda nuestra creencia fundamental en la Eucaristía: que Dios se rebajó por nosotros. Finalmente, después de preparar nuestros cuerpos y nuestros espíritus, comienza la Misa. La primera parte, los ritos introductorios, son un conjunto de acciones y oraciones que son pequeños pasos para que reconozcamos la presencia real y física de Cristo entre nosotros en la Misa.

El primer acto notable de la Misa es la procesión de entrada, cuando el sacerdote, el diácono y los servidores se dirigen hacia el altar. Antes de pasar por la procesión de entrada, debemos entender que la Misa se construye hasta el sacrificio de Cristo en la Eucaristía. Antes de que Cristo fuera a su muerte, salió en procesión en la ciudad de Jerusalén junto con sus Apóstoles, acercándose voluntaria y alegremente a su próximo sacrificio por amor a nosotros.

La procesión de entrada a la Misa nos recuerda este acontecimiento, indicando al mismo tiempo que el sacerdote, que actuará en la persona de Cristo para presentar el sacrificio de la Misa, es uno de nosotros, un miembro de nuestra comunidad y un humilde servidor del Señor. Cuando el sacerdote y el diácono lleguen al altar, lo venerarán con un beso. El altar es el lugar en el que el sacrificio de Cristo se nos vuelve a presentar (no “representar”), al igual que el altar se utilizaba para los sacrificios a Dios en el Templo del antiguo judaísmo. Al besar el altar, el Sacerdote está emulando a Cristo, que abrazó la cruz sobre la que se dio la salvación al mundo.

Como todas las oraciones, la Misa comenzará y terminará con la señal de la cruz. Es uno de los gestos católicos más característicos que todos conocemos de memoria. También es una de las tradiciones más antiguas de la fe católica. El gesto une las dos creencias más fundamentales de nuestra fe que debemos tener siempre presentes en nuestra vida de oración: la Santísima Trinidad (Padre, Hijo y Espíritu Santo) y la Crucifixión (en forma de cruz con la que nos persignamos).

Una vez que todos hayamos realizado la señal de la cruz, el sacerdote dirigirá un saludo a la comunidad reunida. Se trata de un discurso dirigido a la congregación que utiliza las palabras y las fórmulas utilizadas a menudo por San Pablo en sus epístolas. Cuando San

Pablo escribía a las distintas comunidades eclesíásticas, hacía hincapié en que, a pesar de la distancia y el tiempo, todos los creyentes y todos los reunidos en nombre de Cristo están unidos espiritualmente en su fe, pero también físicamente en la Eucaristía.

El comienzo de la Misa es nuestra oportunidad de recordar que somos hermanos en Cristo, partes individuales diferentes que forman el mismo Cuerpo Místico de Cristo. Una vez que recibimos la Eucaristía, nos convertimos en hermanos en Cristo en un sentido más literal porque tendremos la misma sangre de Cristo dentro de nosotros.

Reflexión 4 – INTRODUCCIÓN A LOS RITOS, PARTE II

Después del saludo inicial en la Misa, continuamos con los ritos introductorios. La segunda parte de los ritos introductorios se denomina rito penitencial; en nuestra introducción a esta serie de reflexión que comenzó hace unos fines de semana, mencionamos que, en última instancia, hay cuatro razones por las que nos reunimos para la Misa.

La primera y principal razón es la adoración. La segunda, y de la que hablaremos hoy, es la contrición. La tercera es la acción de gracias, y la cuarta es la súplica: pedirle a Él que se nos revele. Para poder “desbloquear” las partes de la Misa que nos llevan a la Eucaristía, debemos reconocer, confesar y pedir perdón por nuestros pecados. Esta es la finalidad del rito penitencial.

Piense en los momentos en los que se esfuerza al máximo para asegurarse de que su espacio vital o su espacio de trabajo estén limpios e impecable. Lo último que querría es que alguien o algo sucio viniera y deshiciera todo el trabajo que han hecho. Deberíamos acercarnos a la Misa de la misma manera.

Dios es puro y santo, y la Eucaristía es inmaculada. Nos perjudicaríamos a nosotros mismos y a la comunidad si nos acercáramos a la Eucaristía de forma pecaminosa. Por eso debemos confesarnos por cualquier pecado grave que hayamos cometido, y por eso debemos pedir perdón por nuestros pecados personales.

Comenzamos el rito penitencial con el Confiteor, que nos limpia de nuestros pecados personales. En esta parte de la Misa, preparamos una purificación espiritual para el resto de la Misa que va a seguir, confesando que hemos sido culpables de pecados personales contra Dios y contra la comunidad. Por eso decimos en el Confiteor estas palabras: “Yo confieso ante Dios Todopoderoso y ante ustedes, hermanos...”. Al final del Confiteor, invocamos a las almas del Cielo que han pasado por su purificación final para que nos den fuerza en nuestra purificación terrenal. También nos invocamos unos a otros para rezar por los demás a Dios.

Después del Confiteor, cantamos el Kyrie. “Kyrie” es la palabra griega para “Señor”, que es a quien invocamos: “Señor, ten piedad”. Repetimos las palabras del sacerdote o del diácono cuando dice “Señor, ten Piedad. Cristo, ten piedad. Señor, ten Piedad”. En el Kyrie, no sólo nos dirigimos a Jesucristo llamándole Señor, Cristo, Señor. Esta fórmula inusual es una dirección a cada Persona individual de la Santísima Trinidad.

La primera parte, “Señor, ten Piedad”, pide a la primera persona de la Trinidad, Dios Padre, que tenga piedad de nosotros. La segunda parte, “Cristo, ten Piedad”, pide a la segunda

Persona de la Trinidad, Dios Hijo hecho hombre en la persona de Jesucristo, que tenga piedad de nosotros. La tercera parte, "Señor, ten Piedad", es pedir a la tercera Persona de la Trinidad, Dios Espíritu Santo, que tenga piedad de nosotros.

Lo hacemos además del Confiteor porque el Confiteor se centra en pedir perdón a los demás dentro de la Iglesia, a la que nos referimos como el Cuerpo Místico de Cristo. El Kyrie, en cambio, va un paso más allá, pidiendo a Dios directamente a través de las tres personas de la Trinidad.

A continuación, glorificamos colectivamente a Dios a través del Gloria modelando las palabras expresadas por los ángeles en el nacimiento de Cristo: Dios ha bajado para estar con nosotros aquí en la tierra. Este es un momento de celebración, alegría y gloria. Una vez más, invocamos los nombres de las tres personas de la Trinidad, estableciendo además que la plenitud de nuestra fe y la plenitud de la presencia de Dios pueden ser y son experimentadas a lo largo de la Misa.

Terminamos el rito penitencial con una oración que el sacerdote dirige a Dios en nombre de la congregación. Esta oración consolida los deseos de la congregación y nuestro propósito de acudir a Dios: "recoge" nuestra oración de petición como comunidad antes de encontrarnos con la presencia de Cristo de forma más sustancial en la siguiente parte de la Misa.

Reflexión 5 – LA LITURGIA DE LA PALABRA, PARTE I

Imagine que se encuentra con un amigo al que no ve desde hace tiempo. Los dos han acordado una hora y un lugar para encontrarse y usted espera con ansias su llegada. Al llegar al lugar acordado, empieza a ver a su amigo en la distancia, acercándose a usted.

Al principio, está demasiado lejos para que lo vea o lo oiga con claridad. A medida que se acerca, empieza a distinguir los detalles de su figura y reconoce que es, de hecho, su amigo. Finalmente, se acerca lo suficiente como para que usted pueda gritarle y él le grite a usted, y pueda entender lo que dice. Está claro que esto no es suficiente. Quiere acercarse lo suficiente como para poder mirarlo a los ojos, abrazarlo y pasar tiempo con él en estrecha proximidad. Aun así, cuando estamos tan emocionados por ver a la persona, aprovecharemos al máximo cualquier medio de comunicación que tengamos disponible en ese momento. En la Misa, hemos acudido al lugar y al momento acordado para encontrarnos con Cristo en la Eucaristía, y como nuestro amigo, a lo largo de la Misa, Cristo se acerca a nosotros gradualmente.

Ya hemos hablado del rito introductorio y del rito penitencial, en los que podemos empezar a reconocer la presencia de Cristo, pero cuando pasamos a la siguiente parte de la Misa, la Liturgia de la Palabra, la presencia de Cristo se hace mucho más clara cuando podemos escucharlo realmente.

La Liturgia de la Palabra también nos recuerda que la Misa, de principio a fin, es un revivir de la Historia de la Salvación en su totalidad, desde los acontecimientos del Antiguo Testamento hasta los acontecimientos de los Evangelios. Esto se hace evidente de una manera a través de los rituales activos que realizamos durante la Misa, pero se hace más evidente en la Liturgia de la Palabra a través de las lecturas del Antiguo Testamento, los Salmos, el Nuevo Testamento y los Evangelios.

En cada una de las Misas a las que asistimos, las lecturas se han ordenado cuidadosamente para que podamos ver con claridad cómo Cristo cumplió lo que estaba escrito en el Antiguo Testamento. Cuando se miran las lecturas del día, se puede encontrar un tema que está presente en todas ellas.

Después de la primera y la segunda lectura, el lector dirá: “Palabra de Dios”. Nuestra respuesta, “Te alabamos Señor”, reconoce que estas lecturas son mensajes de Dios dirigidos a nosotros, la congregación. Debería hablarnos tanto como lo hicieron con los cristianos del pasado, y seguirán hablando a los cristianos que continúen la fe en el futuro.

La palabra de Dios no es como nuestra palabra; tiene el poder de crear y transformar sólo con que Él hable. Lo que encontramos profundo en las lecturas del día y lo que nos llevamos de las lecturas revelan ese poder transformador que se hace en nosotros.

El Salmo Responsorial nos remite a la práctica del culto judío de cantar salmos continuamente durante sus rituales de sacrificio. La Misa católica es, después de todo, una continuación de los rituales judaicos (desde el estudio de las escrituras en las sinagogas hasta los sacrificios realizados en el templo). Esto enfatiza aún más que Cristo no vino a suprimir la Ley, sino a cumplirla.

La segunda lectura suele provenir de las epístolas de San Pablo, que eran cartas dirigidas a diferentes comunidades cristianas primitivas, o de los Hechos de los Apóstoles sobre los primeros tiempos en que se proclamaba el mensaje cristiano. Al volver a escuchar estas cartas y sus mensajes, estamos recibiendo las mismas palabras que los primeros cristianos escucharon cuando se reunieron para el Sacrificio de la Misa y la fiesta Eucarística.

Reflexión 6 – LA LITURGIA DE LA PALABRA, PARTE II

La presencia de Cristo se nos hace poco a poco más evidente a lo largo de la Misa, y esto se nota bastante en la Liturgia de la Palabra justo antes del Evangelio. Hemos escuchado la primera y la segunda lectura y hemos cantado el Salmo Responsorial mientras estábamos sentados; ahora, la aclamación del Evangelio, el Aleluya se canta después de la segunda lectura y la congregación se pone de pie.

Claramente, algo significativo está ocurriendo en este momento, ya que todos hemos cambiado colectivamente la postura de nuestro cuerpo, pasando de una posición receptiva a una posición activa. Este es, de hecho, un momento muy significativo de la Misa; hemos llegado al Evangelio, la parte más importante de la Liturgia de la Palabra - la magnitud de este momento se explica por nuestro canto del Aleluya y la elevación del libro de los Evangelios.

“Aleluya” es una palabra hebrea que significa “Alabado sea el Señor Dios”. Al cantar esta aclamación de pie, estamos reconociendo que Dios se nos hace presente de una manera nueva. Cuando el sacerdote o el diácono elevan el Evangelio y se dirigen al ambón (el podio donde se proclaman las lecturas), nos están revelando dónde Dios se hace presente: a través de la Palabra.

Antes de escuchar las palabras del Evangelio, se signa el libro con la cruz, unificando a Cristo como Palabra con el Cristo de los Evangelios. A continuación, nos signamos con la cruz en la frente, en los labios y en el corazón, pidiendo a Cristo que abra nuestras mentes, lo proclamemos con nuestros labios y lo mantengamos en nuestros corazones a través de la Palabra.

El Evangelio es el momento más solemne de la Liturgia de la Palabra, porque esta parte de la Misa se construye hasta el momento en que Jesucristo se nos hace literalmente presente en la Palabra. No se trata de una recitación ni de una lectura pública; a través del Evangelio proclamado por el sacerdote o el diácono, Jesucristo se hace presente como la Palabra, la misma Palabra que creó los cielos y la tierra y la misma Palabra que se menciona al principio del Evangelio de Juan. Las últimas palabras, “Alabado seas, Señor Jesucristo”, subrayan que es realmente Cristo quien se nos ha revelado y está presente entre nosotros.

Comenzamos estas reflexiones centrándonos en las palabras de San Agustín, que describió a Dios y a su Iglesia como “belleza siempre antigua, siempre nueva”. La Liturgia de la Palabra lo demuestra. Une a los fieles del pasado con los del presente.

La Misa en la que participamos hoy es esencialmente la misma Misa de los primeros cristianos. Sin embargo, podemos sacar algo de las lecturas basándonos en las situaciones actuales de la época moderna. Esta es la función del sacerdote o del diácono durante la homilía, también llamada sermón: aplicar la Palabra a nuestra vida actual. Esto también debe prepararnos e instruirnos para cuando salgamos de la Misa después de la Liturgia de la Eucaristía.

Después de la homilía, nos ponemos de nuevo de pie para recitar el Credo. El Credo fue elaborado en los primeros tiempos de la fe cristiana. Contiene las creencias más fundamentales que los cristianos deben mantener y profesarlo juntos como comunidad prepara nuestros corazones para el Misterio que ha de venir en la Eucaristía. Dado que la Eucaristía es la expresión más profunda de nuestra Fe, podemos pensar en el Credo como una llave que nos permite acceder a la siguiente parte de la Misa: la Liturgia de la Eucaristía.

Durante el Credo, nos inclinamos profundamente (y algunos días nos arrodillamos) durante el momento en que se menciona la encarnación con las palabras: “Y por el Espíritu Santo... se hizo hombre”. Dado que estamos a punto de presenciar cómo el pan y el vino se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, debemos centrarnos intencionadamente en la idea de que Dios se hace hombre para estar más físicamente presente entre nosotros. Esta es, después de todo, la razón de ser de la Misa.

Reflexión 7 – LA LITURGIA DE LA EUCARISTÍA, PARTE I

Si usted tuviera la oportunidad de volver a los momentos de su vida en los que cometió errores o no aprovechó las oportunidades que se le presentaron, ¿lo haría? Además, cuando vuelve a la Escritura y lee sobre todos los personajes que cometieron graves errores en su vida que los llevaron a un tremendo sufrimiento, ¿se resiente de su comportamiento hacia Dios?

La Misa es una oportunidad única para abordar estas dos cuestiones: no cabe duda de que la humanidad se ha comportado realmente mal con Dios, incluso aquellos que eran considerados su pueblo elegido. Nosotros podríamos haber tomado las mismas malas decisiones que ellos, pero en cambio, Dios nos ha dado la oportunidad de deshacer los errores del pasado de la humanidad participando en la Misa. Esto puede parecer una exageración, pero es cierto. Toda la Misa nos permite revivir la Historia de la Salvación, pero esta vez podemos estar presentes y caminar en solidaridad con Dios a través del sufrimiento que Él pasó.

Nuestro revivir de la Historia de la Salvación en la Misa se hace más notable en la Liturgia de la Eucaristía, especialmente de dos maneras: emulando los sacrificios en el altar dentro del Templo y haciéndonos presentes en la Última Cena en la que Jesús instituyó la Eucaristía.

El altar, que es el punto más evidente y central de toda iglesia católica, se convierte ahora en el centro del culto litúrgico. Un altar no es simplemente una mesa; los altares se utilizan específica y exclusivamente para los sacrificios. El sacerdote venera el altar con un beso al comienzo de la Misa porque es donde Cristo presenta su sacrificio por nosotros. Ahora, los que participan en la Misa lo colocan cuidadosamente con los sacramentales que se utilizarán para el sacrificio, incluyendo los lienzos adecuados, el cáliz, la patena (el pequeño plato que contiene la hostia) y el misal.

Las ofrendas de pan y vino se presentan en el altar - las llamamos “ofrendas” porque están hechas por manos humanas, y las estamos entregando a Dios para que Él pueda tomar nuestras ofrendas y devolvérselas de una manera mucho más sustancial. Las ofrendas también recuerdan el sacrificio de Abel en el Génesis, que entregó a Dios los mejores productos de su trabajo. Dios no se queda con estos dones (ofrendas) para sí mismo, sino que nos los devuelve de una manera radicalmente nueva.

El sacerdote comienza a ofrecer estas ofrendas humanas del pan y el vino al Señor elevándolos. Las palabras de las oraciones que utiliza enfatizan que se trata de ofrendas hechas por manos humanas utilizando el mundo natural que nos ha dado Dios.

En el pan y el vino, hemos armonizado las capacidades que Dios ha dado a los humanos con los dones del mundo natural (fruto de la tierra y fruto de la cepa). Y lo hacemos simplemente para devolver a Dios. Se trata de un intercambio de dones profundamente recíproco entre nosotros y Dios.

Porque ofrecemos estas ofrendas a Dios, Él nos lo devolverá, pero no como simple pan o vino. Reconocemos que se convertirá en pan de vida y en nuestra bebida espiritual. A continuación, el sacerdote añadirá también un poco de agua al cáliz de vino.

El vino significa aquí la divinidad eterna de Cristo, mientras que el agua significa la humanidad que Dios asumió por sí mismo. Al añadir agua al vino, se recuerda también el momento en que comenzó nuestra Iglesia: cuando Cristo fue atravesado en su costado en la cruz, y la sangre y el agua se derramaron. El sacerdote nos llama ahora a participar en el sacrificio diciendo: "Oren, hermanos, para que este sacrificio, mío y de usted sea agradable a Dios Padre todopoderoso". Nos ponemos de pie porque ahora entramos en el momento de la participación colectiva, mientras respondemos juntos, implorando que Dios acepte el sacrificio de la Iglesia en manos del sacerdote que actuará en la persona de Cristo por nosotros.

Reflexión 8 – LA LITURGIA DE LA EUCARISTÍA, PARTE II

Cuando el altar está listo y preparado para el sacrificio de la Misa, el sacerdote ya se ha preparado para ser digno de ofrecer el Sacrificio. Hemos pedido colectivamente a Dios que acepte nuestro sacrificio para nuestro bien y el de toda la santa Iglesia de Dios.

Ocasionalmente, el sacerdote incensará las ofrendas, la cruz y el propio altar (que, de nuevo, modela los rituales de los sacerdotes del Templo). El incienso evoca la imagen de los holocaustos en el Templo que se elevaban hasta Dios en su humo para que los aceptara. El incienso también utiliza el sentido del olfato, enfatizando aún más que Cristo está presente entre nosotros a través de cada uno de nuestros sentidos en la Misa. A continuación, el diácono incensará al sacerdote porque éste ofrecerá el sacrificio por nosotros.

El papel del sacerdote es extremadamente importante para la Misa, más allá de lo que vemos los fieles. Debe pasar por un extenso método de preparación para ser digno de ofrecer el Sacrificio. Muchas de estas cosas son detalles que no vemos, y esta preparación tiene lugar incluso antes de que comience la Misa.

Cada parte de la participación del sacerdote en la Misa es intencional. Algo tan sencillo como revestirse, o "vestirse", para la Misa adquiere un profundo significado teológico para un sacerdote. Antes de vestirse para la Misa, el sacerdote se lavará las manos e incluso esta simple acción puede ir acompañada de una oración tradicional que pide a Dios la fuerza para estar interiormente limpio de mente y corazón para lo que va a hacer en nombre de la Iglesia.

Las vestimentas que un sacerdote se pone son también muy importantes. El papel de un sacerdote no es pasivo o insignificante; va a realizar el acto más importante que una persona humana puede realizar, y al igual que los sacerdotes del Templo en el Antiguo Testamento, sus vestimentas deben significar esto. Dios mismo instruyó a Moisés exactamente cómo debe vestirse un sacerdote para ofrecer sacrificios (puedes encontrarlo en el capítulo 28 del Éxodo), y nosotros seguimos usando la instrucción de Dios para la Misa. Cada prenda que el sacerdote se pone puede implicar una oración específica, indicando además que nada que implique la Misa se hace frívolamente.

El sacerdote no celebra la Misa por sí mismo; Cristo celebra la Misa a través del sacerdote. Por lo tanto, las vestimentas que lleva un sacerdote alejan en cierto modo el foco de atención del ser humano y lo devuelven a Cristo, el que ofrece el sacrificio de la Misa.

El último acto de preparación al que se somete un sacerdote antes de ofrecer el Sacrificio tiene lugar en el altar. Recuerda toda la preparación por la que pasó para llegar a este

punto, lavándose las manos en el altar mientras reza una oración en silencio (Salmo 50:2): “Señor, lava mis iniquidades, límpiame de mis pecados”.

El hecho de que muchos de estos actos reverentes e intencionados se realicen lejos de la mirada pública nos recuerda que la Misa no se “representa”, ni es un espectáculo para los ojos humanos. Se hace para Dios, y lo que hacemos lejos de la mirada pública es la expresión más pura de lo que realmente somos. También nos dice que la Misa no es algo que se pueda hacer frívolamente. El papel de un sacerdote es necesario e increíblemente especial - como humanos, tenemos la bendición de tener entre nosotros a hombres que han aceptado esta solemne vocación. Pero esto no significa que nos quedemos sentados y los observemos desde un costado; hemos preparado al sacerdote como comunidad en todos los momentos fuera de la Misa para que esté listo cuando sus deberes sacerdotales sean necesarios para la Misa. Él ofrece este sacrificio en nuestro nombre.

Reflexión 9 – PLEGARIA EUCARÍSTICA, PARTE I

Todos los momentos de la vida cristiana están destinados a llevarnos a un eventual encuentro personal con Cristo. Eso significa que cuando comienza la Misa, empezamos a dar los primeros pasos hacia un encuentro real con la persona de Jesús. Hasta ahora, en la Misa, hemos percibido la presencia de Cristo de manera sutil, incluso reconociendo su presencia a través de la Palabra, pero ahora hemos llegado al momento en que nuestro encuentro con Él se hace físico, tangible y completo.

Todos los momentos de nuestra vida cristiana nos conducen a este momento concreto de la Misa. Por ser éste el momento más importante de la Misa y la Fuente y Cumbre de la Vida Cristiana, requerirá un análisis profundo y extenso. Por eso, para esta reflexión, nos centraremos en la primera parte de la oración Eucarística.

Comienza con un momento de participación comunitaria que se inicia con la llamada y respuesta que se repite a lo largo de la Misa: “El Señor esté con nosotros y con tu Espíritu”. Dios está realmente presente aquí con nosotros. Luego, decimos: “Levantemos el corazón – lo tenemos levantado hacia el Señor”. Mientras el sacerdote tiene las manos extendidas en la antigua posición de “*orans*” rezando en la persona de Cristo, nosotros, como congregación, emulamos la petición interior que se encuentra con más frecuencia en las representaciones artísticas de María; en lugar de tener las manos extendidas cuando se dirige a Dios, las mantiene cerca de su corazón con los ojos elevados al Cielo, atesorando todas estas cosas en su corazón (Lucas 2:51).

Finalmente, decimos: “Demos gracias al Señor, nuestro Dios, es justo y necesario”. Con esta respuesta final, el sacerdote habla a Dios en nuestro nombre de que es verdaderamente justo y necesario, nuestro deber, darle gracias porque se le debe. Esta oración se llama Prefacio, y proclama la grandeza de Dios que se encuentra a lo largo de la historia, la historia que hemos estado reviviendo a lo largo de la Misa, y en nuestras propias vidas. El Prefacio termina con un llamamiento del Sacerdote para que repitamos las palabras pronunciadas por los coros de los Ángeles en el Cielo.

El Sanctus comienza con “Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...”. Dado que la Misa es intrínsecamente bíblica y se basa enteramente en lo que se puede encontrar en las Escrituras, recibimos estas palabras tanto del Antiguo Testamento en Isaías como del Nuevo Testamento en el libro del Apocalipsis. Estas son las palabras pronunciadas por los seres más puros en la presencia inmediata de Dios en el Cielo. Esto es algo importante. Nos revela que, en este momento exacto de la Misa, y sólo en la Misa, estamos recibiendo una visión del Cielo mismo.

Esta visión del Cielo no se debe a la comunidad o al sacerdote, ni siquiera a la belleza de la iglesia. Es la eventual presentación de la Eucaristía. A estas palabras se une el saludo con el que se saludó a Jesús al entrar en Jerusalén por última vez antes de su muerte en la cruz, subrayando aún más que el sacrificio de Cristo es la visión celestial.

La congregación se arrodilla ahora. Nos arrodillamos porque estamos a punto de vivir algo monumental. No se trata de una “celebración” como lo son otros momentos de la Misa en los que nos ponemos de pie. Tampoco es un momento pasivo para que nos sentemos mientras esto sucede. Arrodillarse indica que está ocurriendo algo que requiere que nos humillemos para entenderlo.

Algunas de las primeras palabras que pronuncia el sacerdote cuando nos arrodillamos se llaman Epiclesis - invocando al Espíritu Santo para que descienda sobre las ofrendas hechas por manos humanas para que se conviertan en el Cuerpo y la Sangre de nuestro Señor, Jesucristo, por cuya orden celebramos estos misterios. El sacerdote extiende sus manos sobre las ofrendas de la misma manera que el sacerdote del Templo extendía sus manos sobre los sacrificios que se presentaban en el altar en el antiguo judaísmo.

Reflexión 10 – PLEGARIA EUCARÍSTICA, PARTE II

Una de las afirmaciones más sencillas que podemos hacer sobre la Misa es que, básicamente, la comunidad de creyentes se reúne para revivir toda la Historia de la Salvación, desde la creación hasta la Resurrección. Finalmente, hemos llegado al momento más significativo de este revivir, porque este momento, después de que el sacerdote haya invocado al Espíritu Santo para que descienda sobre las ofrendas del pan y del vino, es un revivir de la Última Cena, cuando se instituyó la Eucaristía. Participamos activamente en la representación de la Última Cena. Al igual que los Apóstoles de Cristo estaban presentes, nosotros hemos elegido responder a la llamada de Cristo y hacernos presentes en este momento. El sacerdote comienza este momento de la consagración indicando el contexto de la Última Cena antes de recitar las palabras de Cristo dadas a sus Apóstoles en este momento.

El sacerdote no está citando las palabras de Cristo; más bien, Cristo está hablando a la congregación directa y activamente a través del sacerdote cuando dice: “Este es mi cuerpo, que será entregado por ustedes”. En este momento, tienen lugar dos cosas que cambian la vida. En primer lugar, el momento de la Última Cena se une ahora al momento de la crucifixión, cuando Cristo se sacrifica por nosotros. Así como hemos elegido estar presentes en la Última Cena, ahora también hemos elegido estar presentes al pie de la cruz, arrodillándonos y aceptando que el sacrificio de Cristo es por nosotros.

En segundo lugar, porque las palabras de Cristo en la Última Cena están profundamente unidas al momento de su sacrificio, sus palabras en la Última Cena se vuelven literales. Él tomó lo que antes era pan y vino y declaró que es literalmente su cuerpo, entregado por nosotros. Este es el momento en que el pan y el vino se transubstancian (sus sustancias cambian de la manera más fundamental) en el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad de Jesucristo.

Este acontecimiento milagroso sólo es posible gracias a unas simples palabras, porque estas palabras no son pronunciadas simplemente por un sacerdote; estas palabras son pronunciadas por Cristo a través del sacerdote. Sin embargo, podemos preguntarnos cómo incluso las palabras de Cristo tienen el poder de cambiar la sustancia de algo hoy en día.

Debemos recordar que Jesucristo es Dios Hijo, la Palabra hecha carne. Jesucristo es la misma Palabra que creó los cielos y la tierra al principio de los tiempos. Esta Palabra tiene el poder de crear y transformar, y es a través de esta Palabra que el trabajo de las manos humanas se convierte en el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

El sacerdote eleva la Hostia y el Cáliz de la misma manera que el Cuerpo de Cristo fue elevado en la cruz para que todo el mundo lo viera. Este es un momento tan solemne porque es el momento más importante de la historia de la humanidad que se nos vuelve a presentar en el momento presente.

Reflexión 11 – PLEGARIA EUCARÍSTICA, PARTE III

El famoso filósofo griego de la antigüedad, Platón, enseñó una vez una teoría sobre cómo los seres humanos sabemos lo que sabemos. Esta teoría, que él llamó “anamnesis”, propone que los seres humanos tienen un conocimiento sobre ciertas cosas que proviene de nuestro interior. No se nos enseña, ni viene de fuera de nosotros mismos. Pero para que reconozcamos y reconozcamos estas cosas que ya conocemos en nuestro interior, tenemos que redescubrirlas de alguna manera.

El cristianismo se basa en muchas ideas de la filosofía griega porque tienen sentido en el contexto de la persona de Jesucristo. La teoría de Platón sobre la anamnesis puede encontrarse ahora en un contexto cristiano dentro de la Misa. “Anamnesis” es la palabra griega para “recuerdo”. Mientras permanecemos arrodillados después de reconocer el Misterio de la Fe, concluimos la consagración con la Anamnesis. Recuerda las instrucciones que nos dio Cristo antes de su sacrificio, y nos permite reflexionar más profundamente sobre sus palabras de “hacer esto en memoria” de Él. Esta instrucción final de la Última Cena es Cristo diciéndonos explícitamente que nuestra comprensión de la Misa ya existe dentro de nosotros, y ahora es necesario redescubrirla para entenderla plenamente y reconocerla.

No sólo Dios está ahora presente entre nosotros físicamente en la Eucaristía, sino que las tres personas de la Santísima Trinidad se han revelado ante nosotros. Dios Padre, que ha aceptado nuestros dones y ha escuchado nuestras peticiones, ha enviado a Dios Espíritu Santo para que descienda sobre los dones de pan y vino que hemos presentado. Dios Espíritu Santo trabaja con Dios Hijo en la Palabra pronunciada por el sacerdote que actúa in persona Christi (en la persona de Cristo) para transformar el pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Jesucristo.

Como hemos dicho antes, la Misa es un constante intercambio de ofrendas y regalos entre nosotros y Dios. Al participar en el sacrificio de la Misa, estamos aceptando y apreciando activamente el don de Dios de su propio Hijo. Ahora, en la Anamnesis, estamos devolviendo a Dios el Cuerpo y la Sangre de Cristo como un sacrificio puro y sin mancha. En el antiguo ritual judío de la comida de la Pascua, cada familia ofrecía un cordero de sacrificio que era llevado al Templo para ser sacrificado y luego ser comido en su casa según las costumbres. La Anamnesis, que tiene lugar después de la consagración mientras permanecemos arrodillados, recuerda esta tradición judía, el sacrificio más importante del judaísmo antiguo. La Ley exigía que el cordero Pascual fuera inmaculado y perfecto.

Junto con este sacrificio en el que presentamos a la Víctima perfecta -Cristo, el Cordero de Dios-, presentamos también a Dios nuestro deseo de modelarnos a Cristo. Le presentamos

desde el altar a nuestros muertos, las almas de los siervos de nuestra comunidad que se han dormido en la esperanza de la resurrección. Por último, nos presentamos a nosotros mismos, pecadores necesitados de salvación, para que aceptemos la llamada a actuar a la manera de los santos que nos precedieron. Esto recuerda las oraciones de los fieles que ofrecimos después de la homilía, que ahora colocamos en el altar con el sacrificio del Hijo.

La Plegaria Eucarística termina con una doxología, un canto de alabanza a Dios. Este canto de alabanza se dirige a las tres Personas de la Trinidad que se han hecho presentes en la Misa. Al hacerlo, el sacerdote eleva ligeramente la hostia y el cáliz, representando las tres horas que Cristo pasó en la cruz. Nuestra respuesta a la doxología, el mayor Amén, es esencialmente nuestra aceptación de ser participantes del sacrificio. A través de este "Amén", aceptamos nuestro deseo de estar presentes en el sacrificio de Cristo por aprecio y deseo de compartirlo.

Reflexión 12 – EL RITO DE LA COMUNIÓN, PARTE I

Uno de los aspectos únicos de la Misa católica, especialmente en comparación con los servicios de culto de otras denominaciones cristianas, es el cambio constante entre estar sentado, de pie y de rodillas. Nos sentamos, luego nos ponemos de pie, luego nos volvemos a sentar, luego nos volvemos a poner de pie, nos arrodillamos, nos ponemos de pie, y así sucesivamente. Es tedioso sólo describir el proceso, por lo que todos sabemos muy bien lo tedioso que puede ser el proceso de realizar realmente estas acciones. Pero hay dos maneras de enfocar esta diversidad de posturas dentro de la Misa: o nos acostumbramos tanto a ella que no nos molesta, o podemos intentar comprender realmente por qué lo hacemos.

Nuestra participación a través de los movimientos físicos debe indicar lo que está sucediendo en la Misa. Cuando nos sentamos, se supone que estamos recibiendo algo, ya sea las palabras de la Escritura, una oración litúrgica o incluso la homilía. Cuando nos ponemos de pie, ya no estamos en el acto de recibir sino en el de estar aún más atentos, y lo hacemos todos juntos. Cuando nos arrodillamos, nos humillamos al rebajarnos físicamente, mientras recordamos constantemente cómo Dios se rebajó a la humanidad por nuestra salvación.

Después del Amén que sigue a la Plegaria Eucarística, la congregación pasa de la posición de rodillas a la de pie. Ahora que hemos vuelto a un momento de atención activa como comunidad, recordamos una de las partes más importantes del ministerio público de Cristo. Vino a ofrecernos la salvación mediante su sacrificio, pero se aseguró de aprovechar al máximo el tiempo que pasó viviendo entre nosotros. Por el camino, nos instruyó sobre cómo vivir una vida dedicada a Cristo.

La mejor manera de hacerlo y de hacerlo siempre activamente en nuestras vidas, es a través de la oración. La Misa es una oración única (de hecho, es la oración más importante), pero cuando los seguidores de Cristo le preguntaron cómo rezar, les instruyó en el Padre Nuestro. Esta oración contiene todos los componentes necesarios para comunicarse con Dios, desde la adoración hasta el agradecimiento y la petición de nuestras necesidades. Ahora, nosotros, como comunidad, volvemos a esta sencilla instrucción de Cristo y recitamos juntos la oración. Podrás notar que, en el contexto de la Misa, mientras estamos centrados en la Eucaristía en la que pronto participaremos después de esta oración, las palabras “danos hoy nuestro pan de cada día” adquieren un significado completamente diferente y profundo que el que podríamos darle rezando la oración del Señor en cualquier otro momento.

Después de recitar el Padre Nuestro, el sacerdote hace la oración del embolismo, una breve petición en nombre de la congregación que nos lleva a la doxología: “Porque tuyo es el reino, el poder y la gloria, ahora y siempre”. En lugar de terminar nuestra oración con una petición (“líbranos del mal”) que pone el foco en nuestras necesidades, terminamos adecuadamente la oración con la alabanza y la glorificación de Dios.

En el Evangelio de Juan, el comportamiento de Jesús hacia sus Apóstoles en la Última Cena se caracteriza por infundirles valor y paz para el camino que tienen por delante. Vivir una vida en Cristo no es fácil, pero Cristo nos ofrece fuerza para el camino. El sacerdote recita el mensaje de la paz de Cristo a la congregación y nos indica que nos ofrezcamos unos a otros un signo de esta paz fortificante. Esto también recuerda el momento al comienzo de la Misa en el que confesamos nuestros pecados personales a la congregación y pedimos que recen por nosotros. También nos prepara para la unidad física que vamos a compartir con quienes nos rodean en la recepción de la Eucaristía. Por lo tanto, cuando ofrecemos el signo de la paz, debe mostrarse con sencillez y respeto para que no nos distraiga de la Eucaristía.

Reflexión 13 – EL RITO DE LA COMUNIÓN, PARTE II

Siempre que alcanzamos un acontecimiento importante en la vida, intentamos asegurarnos de marcar esa fecha como algo especial, y celebrarla regularmente como un recordatorio de lo que ese hito significó para nosotros. Todos conocemos nuestros cumpleaños, ciertos aniversarios, y quizás incluso fechas importantes en nuestra vida cristiana, como la fecha de nuestro bautismo o cuando recibimos la primera comunión. La cuestión es que se trata de momentos monumentales en nuestra vida.

La Iglesia también es una persona: es la esposa de Cristo, y nosotros, como fieles, tenemos la bendición de llamarnos parte de su cuerpo. Y al igual que cualquier persona, la Iglesia también recuerda y rememora sus hitos importantes: si bien recordamos estos momentos una vez al año cuando suceden, también los recordamos cada vez que venimos a Misa.

En este momento de la Misa, después de ofrecernos mutuamente el signo de la paz, el sacerdote comenzará a partir la Hostia. Esto simboliza y recuerda el momento en que Cristo es atravesado en el costado en la cruz después de su muerte. Muchos católicos consideran que este es el momento más importante en el que nació la propia Iglesia, porque la Sangre y el Agua (el medio por el que somos bautizados y nos convertimos en miembros de la Iglesia) se derramaron.

Este momento de partir el pan aparte, que llamamos el rito de la fracción, nos permite, como miembros de la Iglesia, participar en el sacrificio juntos, compartir la comida divina y “partir el pan” en comunidad. Es una celebración solemne de la concepción de la Iglesia, uno de esos momentos monumentales en la vida de la Fe Católica.

A continuación, el sacerdote romperá un trozo de la hostia y lo dejará caer en el Cáliz en un momento llamado la mezcla. Debemos recordar una vez más que la Misa sigue los acontecimientos de la historia de la salvación para que podamos revivirla y participar en ella. El momento de la mezcla nos permite revivir el momento de la Resurrección. El cuerpo y el alma de Cristo fueron violentamente separados en su muerte en la cruz, lo que simbolizamos en la separación del cuerpo y la sangre bajo la apariencia del pan y el vino. Al mezclar las dos especies, el sacerdote revela simbólicamente el momento en que el cuerpo y el alma de Cristo se reúnen en la Resurrección. Es un momento sutil que suele pasar desapercibido para la congregación, pero es la mezcla lo que nos permite participar simbólicamente en la Resurrección.

Ahora, como congregación, nos unimos para cantar el Agnus Dei – “Cordero de Dios, quitas los pecados del mundo”. Estas fueron las palabras de Juan el Bautista cuando vio por primera vez a Cristo. Juan el Bautista fue quien preparó el camino a Cristo; es la

personificación de la historia de la salvación hasta el momento del ministerio público de Cristo y del misterio pascual. Sus palabras son unas de las últimas que pronunciamos antes de participar en la culminación de la historia de la salvación. Hasta este momento, hemos estado pidiendo repetidamente a Dios que se apiade de nosotros por nuestros pecados para que podamos experimentar pronto la paz verdadera y eterna. También refuerza la idea de que el sacrificio de Cristo fue prefigurado en el sacrificio del cordero pascual en la Pascua del antiguo judaísmo.

Después de cantar el Agnus Dei, volvemos a la posición de rodillas, recordando que estamos entrando en un momento importante de la Misa que requiere primero un sentido de humildad dentro de nosotros. Antes, nos habíamos arrodillado cuando el pan y el vino se convirtieron en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Ahora nos arrodillamos para prepararnos a recibir la Eucaristía.

Reflexión 14 – EL RITO DE LA COMUNIÓN, PARTE III

Mientras nos arrodillamos y el silencio cae sobre la congregación para marcar otro momento solemne de la Misa, el sacerdote nos presenta la Eucaristía diciendo “Éste es el Cordero de Dios... que quita el pecado del mundo”. Lo que el sacerdote nos presenta en este momento es Cristo en su estado más físico. Estamos poniendo los ojos en el Cordero de Dios prefigurado en el Antiguo Testamento, reconocido por Juan el Bautista en el Evangelio, y visto en su plena gloria en el libro del Apocalipsis.

Las palabras finales del sacerdote durante la revelación de la Hostia son la culminación de toda nuestra existencia: “Dichosos los invitados a la Cena del Señor”. Al presentarse ante nosotros en forma de Eucaristía, Cristo nos permite recibirlo físicamente, pero de tal manera que es una celebración: en forma de comida comunitaria. La Cena del Cordero se refiere a las Bodas del Cordero que aparecen en el Apocalipsis. La Misa, la Eucaristía, y nuestra participación en ella es literalmente una muestra del Cielo.

Nuestra respuesta a esto es recitar las palabras del centurión que se dirigió a Cristo cuando necesitaba que su siervo fuera curado: simplemente no somos dignos de participar en la Eucaristía, pero Dios nos lo permite una vez que hemos pasado por los preparativos adecuados de nuestros corazones, nuestras almas y nuestros cuerpos.

Todo esto sólo es posible gracias a la Palabra - la Palabra que creó el Universo, la Palabra que estaba con Dios y era Dios, la Palabra que curó al siervo del centurión, y la Palabra que salió de la boca del sacerdote actuando “*in persona Christi*” que cambió el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

Ahora, la comunidad participa en la recepción de la Eucaristía. Este es un regalo tan profundamente serio que es importante que estemos debidamente dispuestos y en estado de gracia para recibirlo. La Iglesia Católica está increíblemente abierta en nuestra celebración litúrgica a aquellos que pueden ser curiosos o nuevos en la fe, pero la Eucaristía no es nuestro regalo para repartir. Por lo tanto, la Eucaristía debe requerir que pasemos por un proceso sincero y activo de perdón y arrepentimiento, de purificación interna y externa, y de una verdadera y sincera creencia en la Presencia Real antes de recibirla.

Para recibir el Cuerpo de Cristo, lo hacemos correctamente ya sea haciendo un trono con las palmas de nuestras manos y luego llevando la Hostia a nuestra boca o directamente en nuestra lengua. La reverencia define esta acción, independientemente de la manera en que suceda. Lo que recibimos en nuestros cuerpos es el misterio del propio Cuerpo y Sangre de Cristo, uniéndonos a todos los santos y a toda la iglesia a lo largo de los siglos.

Cristo se nos ofrece en la Eucaristía, pero, de nuevo, la Misa, y la vida cristiana en general, es un ejercicio de reciprocidad constante: nosotros damos a Dios y Dios nos da a nosotros. La Eucaristía no viene a nosotros, sino que se nos presenta, se nos ofrece y se pone a nuestra disposición, y nosotros a su vez nos ponemos a disposición de Cristo acercándonos al Altar del Señor para recibirla. Si no podemos recibir la Eucaristía físicamente, podemos participar en la recepción de la comunidad rezando a Dios por una Comunión Espiritual.

Después de la distribución de la Eucaristía, el sacerdote continúa sus deberes sacramentales limpiando intencionadamente, con reverencia y oración, los vasos utilizados. La Eucaristía bajo la especie de la Hostia debe ser consumida o colocada en el Tabernáculo. La Eucaristía bajo la especie de la Preciosísima Sangre debe ser consumida en su totalidad. La comunión termina con la oración después de la comunión, en la que el sacerdote pide a Dios en nombre de la congregación que la Eucaristía actúe a través de nosotros y dentro de nosotros mientras nos preparamos para volver al mundo.

Reflexión 15 – RITOS FINALES

¿Qué habría pasado si los Apóstoles hubieran presenciado a Cristo Resucitado y, en lugar de esperar a ser enviados por Él en su Ascensión, hubieran ido inmediatamente por su cuenta y se hubieran puesto a hablar de Cristo Resucitado? Evidentemente, no habrían estado preparados (Cristo todavía proporcionó una importante instrucción después de su Resurrección) y se habrían centrado en el espectáculo de la Resurrección en lugar de lo que realmente significaba para nosotros.

La Misa es una oración en la que participa la comunidad. Esta oración no termina después de haber recibido personalmente la Eucaristía. Sigues siendo parte de la comunidad, y sigues participando activamente en esta oración, al igual que los Apóstoles esperaron pacientemente a que Cristo los enviara cuando estuvieran preparados. Por lo tanto, no debes abandonar la Misa después de la Comunión. Acabamos de recibir el mayor regalo del mundo, que nos une a lo divino y que nos permite vislumbrar y saborear el mismo Cielo. Después de recibir la Eucaristía, debemos volver a nuestros asientos y reflexionar profundamente sobre este misterio. Cristo ha elegido, con nuestro consentimiento, vivir en nosotros y actuar a través de nosotros para mostrarse al mundo. Esto no debe tomarse a la ligera.

Cuando hemos terminado la oración después de la comunión, el sacerdote comienza la bendición final con esa frase familiar y vital: “El Señor esté con vosotros”. A través de esta frase, se nos ha recordado constantemente, desde el principio hasta el final de la Misa, que estamos en la presencia de Dios. Ahora, esta frase adquiere un nuevo significado: el Señor está con nosotros porque lo hemos recibido físicamente en la Eucaristía. El sacerdote da la bendición final con la señal de la cruz, con la que nos bendecimos.

La Cruz fue el medio por el que recibimos el Sacrificio. La cruz nos permitió participar en la Eucaristía. Al marcarnos con ella en nombre de la Santísima Trinidad, la conservamos como un recuerdo constante de que nuestra salvación procede del mismo sacrificio que acabamos de presenciar en la Misa. Fue Dios quien se sacrificó por nosotros a través de cada Persona de la Trinidad.

Las palabras finales de la Misa son una instrucción: “Id”. A través de esta instrucción, nos ponemos en la posición de los Apóstoles en la Ascensión de Cristo, cuando los Ángeles les dijeron que salieran y llevaran al mundo el mensaje que les había dado Cristo. Debemos tomar la Eucaristía que ahora reside en nosotros y vivir activamente la Misa fuera de los muros de la Iglesia.

A través de la Eucaristía, se nos capacita para prepararnos aún más eficazmente para la próxima vez que la recibamos. Esto sólo es posible viviendo activamente nuestra fe en el mundo que nos rodea. Aceptamos hacerlo respondiendo “Gracias a Dios”. En este momento, ya no estamos reviviendo la Historia de la Salvación; ahora la estamos viviendo activamente y construyendo el Reino de Dios en el mundo exterior.

Una vez más, el sacerdote besa el altar en el que se presenta nuestra salvación mediante el sacrificio de Cristo. Saliendo, ahora modela a los Apóstoles y a los discípulos llevándonos al mundo, a difundir el Evangelio y a vivir la Eucaristía.